

no; en dejar los conocimientos en el sentido sin llevarlos al entendimiento, o bien llegan a él pero éste no opera con ellos. Aquí está el peligro de abusar de los conocimientos adquiridos por intuición, que embotan las facultades superiores. Estas no se ejercitan "porque se lo dan todo hecho". Y luego, cuando queremos echar mano de la inteligencia, resulta que nos encontramos una facultad enmohecida y medio inútil.

Es verdad que nada hay en la inteligencia que antes no pase por el sentido. Este axioma se refiere a las ideas. Pero en cuanto la inteligencia dispone de algunas de ellas, puede ir las relacionando y construyendo sobre ellas verdades que directamente no entran por el sentido, aunque a la posesión de algunas de las mismas se llegue por ello con más rapidez.

Y no cabe decir que si llegamos al mismo fin por dos caminos distintos hayamos de preferir el conocimiento más rápido, pues así podemos llegar más veces a ese fin, esto es, adquirir más conocimientos en menos tiempo y con menos esfuerzo.

Pero ¿no estamos hartos de oír que la escuela no pretende sólo enseñar "un montón" de conoci-

mientos, sino que su principal cometido es educar? Por otra parte, no se nos ha demostrado todavía que lo que cuesta menos esfuerzo sea lo mejor.

Además, ese menor esfuerzo preconizado por los métodos intuitivos es sólo aparente en principio; una vez que la inteligencia alcanza un grado de ejercicio, los trabajos se simplifican y los resultados se multiplican en calidad y cantidad.

La inteligencia rompe obstáculos y no está sometida a alimentarse con sólo lo que el sentido le proporciona. Se remonta sobre él y le aventaja.

Esa tiranía con que el sentido somete al entendimiento, que en principio no rompe los hilos que a él le unen, es muy patente. Cualquiera lectura que no sea muy amena y entrecortada se hace montaña insuperable a los espíritus así formados.

Y no es que pretenda decir que el método intuitivo haya de ser desterrado, no; tiene su lado bueno a aprovechar. Sólo he querido decir que su uso necesita de cierto cuidado y que su abuso encierra grandes peligros, y ¿por qué negarlo si todos los abusos son malos?

ORACION DE UN JOVEN APRENDIZ DE MAESTRO

Por FERNANDO LOPEZ DE ARCE CABANES

Maestro Nacional.

Señor, empiezo ahora. Tú sabes que quiero hacerlo bien. Tú sabes que tengo un bello cargamento de ideales, de proyectos, de trabajos... Todo eso lo sabes, Señor. Pero también sabes que yo solo no puedo cumplirlos. Necesito ayuda. Tú eres el Infinito... yo el cero. Y el cero se hace infinito cuando se unen los dos. Me entiendes, ¿verdad, Señor?

Por eso te pido ayuda. A Ti que eres el Maestro, el único Maestro. Porque yo, porque todos los que se llaman o nos llamamos maestros, estamos equivocados. Somos simples aprendices. Aprendices de maestro más o menos aventajados, pero... simples aprendices. Y Tú eres el Maestro, el Modelo.

Quiero hacer un pacto contigo, Señor, ahora que es tan corriente; una especie de tratado comercial.

Tú me darás aliento frente al fracaso, esperanza ante lo que parezca imposible, amor contra el odio o la indiferencia, luz para combatir el error y combatir la mentira con la verdad, fortaleza para mi debilidad.

Me ayudarás a ser revolucionario «loco» e inconformista. A luchar contra la rutina fácil y tranquila que destruye el afán de superación. Contra la situación injusta pero cómoda.

Me ayudarás a luchar contra mí, para que no tropiece; para que no caiga si tropiezo; para que me levante pronto si caigo.

Yo a cambio te daré... nada. Te prometería muchas cosas, pero serían vanas palabras dichas por puro compromiso para realizar el pacto... por dar algo infimo siquiera al recibirlo todo.

Pero ya ves, Señor. No te prometo nada a cambio. Tú sabes que mi deseo es ir hacia Ti, unirme a Ti, estar siempre contigo, hacer Tu voluntad.

Sin embargo, (Tú mismo lo dijiste), «el espíritu está pronto, mas la carne es flaca». ¿Y cómo yo, pobre pecador, voy a prometerte una amistad inquebrantable, cuando no sé si acabaré el día sin haberte ofendido gravemente? Sería una orgullosa presunción por mi parte el hacerlo.

Soy débil, Señor. Tengo que luchar. Y luchando me fortaleceré. Por eso, aunque no te doy nada a cambio, sé que estarás conmigo, sé que me ayudarás porque sabes que deseo ser tuyo, que deseo trabajar para Ti... aunque no te lo prometa.

Tengo miedo, Señor. Tengo miedo porque soy un poco de luz; porque soy un poco de sal; porque me has dado unos talentos; porque me has hecho operario de tu mies. (Tú sabes que el Magisterio también vive el sacerdocio, aunque de distinta forma.)

Y temo que mi luz se apague, que mi sal se torne insípida, que entierre mis talentos, o ser un operario ocioso y preocupado.

Me asusta que pase algo de eso. Dame preocupaciones, trabajos, sufrimientos, angustias, desalientos... Pero dame a Ti mismo, Señor. Sólo así los podré soportar... y hasta desear.

Poco soy, pero tengo deseos de hacer grandes cosas. No por mí, Tú lo sabes. Por Tu gloria. Por eso, igual que con cinco panes y tres peces diste de comer a una muchedumbre, con la deleznable y pequeña herramienta que soy yo, puedes hacer grandes cosas, Señor.

Pero temo que mi soberbia, mi vanidad me cieguen un día y me crea el autor de ellas, olvidándote a Ti. Si eso va a ocurrir, ¡por favor!, no te fijas en mí. Déjame ser uno de tantos. Una sombra más que pasa por el mundo sin dejar huella.

Señor, te pido por mis alumnos. Por los que tengo y por los que tendré en el futuro, si ése es Tu deseo. Te pido para que no los trate como a robots que necesiten sólo ciencia, sino como a futuros hombres que necesitan forjar sus sentimientos, su voluntad. Que necesitan un Ideal. Que te necesitan a Ti.

También te pido por mis compañeros. Por todos

esos aprendices de maestro que, esparcidos por el mundo, cumplen su labor de una manera callada, abnegada y hasta heroica.

Te pido por que los buenos maestros tengan afán de superarse aún más. Por que los mediocres aspiren a ser buenos. Por que los malos quieran ser mejores. Por todos, para que nunca pensemos que la enseñanza es un bonito negocio que puede rentar pingües ganancias a costa de nuestra honradez profesional.

Por ellos y por mí, Señor, para que estemos orgullosos de que la sociedad nos confíe lo mejor de ella. Para que actuemos de acuerdo con ese noble orgullo.

Para que sepamos darnos cuenta de que de nuestras escuelas han de salir «hombres» y no máquinas científicas.

Te pido, en fin, Señor, por todos: Por los que enseñan y por los que son enseñados. Por los que ni quieren enseñar... ni quieren ser enseñados.

A todos, Señor, danos tu Luz y tu Verdad. Amén.



POEMAS DE LA ESCUELA PARA LA ESCUELA

AZUCENAS

Muchacha del alba,
muchachita buena,
si vas a la ermita
o vas a la iglesia,
llévale a la Virgen
estas azucenas.

A sus pies de nácar,
acércate y déjalas.
Ponte de rodillas
delante de ella.

Mírale a los ojos,
estuches de perlas.
Mírale a los labios:
verás cómo besan.
Verás en sus manos
fuente de pureza.
¡Sus manos de rosa!
¡Dos rosas abiertas!

Dile de tu vida.
Cuéntale tus penas.
Dile tus plegarias.
Dale tus promesas,
que la Virgen tiene,
para la inocencia,
diademas de soles,
collares de estrellas,
que adornan las almas
de niños que rezan.

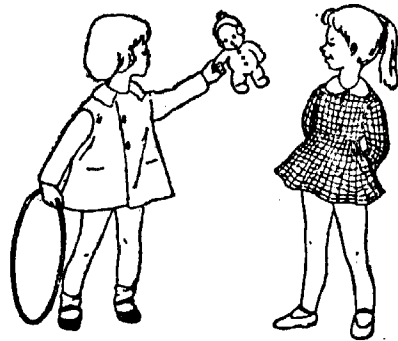
¡Muchacha del alba!
¡Muchachita buena!
¡Ve pronto! ¡No tardes!
La Virgen te espera,
abriendo sus ojos,
sus ojos de perlas.
Abriendo sus manos,
dos rosas abiertas...
¡Ay!, sus pies desnudos
sandalias estrenan.
¡Ay!, niña, la Virgen,
¡ay!, la Virgen sueña,
que a sus pies de nácar,
calcen azucenas.

LA COMBA

Rosa, María, Isabel,
con melenas despeinadas
sobre la tarde azulada,
sataban sobre el cordel.

Una, dos y tres.
Voces chillonas. Tropel.
Polvo y una blanca luna
de papel.

A tres, a dos y a una,
vuela la falda ahuecada
con ritmo de cascabel;
brazos y piernas tostadas
y una cinta perfumada,
con esencia de clavel.
Están cansadas las tres.
Se marchan por el camino,
que marca el anochecer.



PRIMAVERA AZUL

Sonaron clarines de soles.
Llegaron heraldos de luz...
Ruiseñores fueron paladines
de campos de flores
y arroyos de tul...

Una niña danzaba, vestida
de raso y tisú,
por alfombras de lirios azules
de seda y nansú.

Preguntó qué era,
al ver la pradera
de blanco y azul,
y le dijo una alondra parlará:
¿No lo sabes tú?
¡¡Que ha llegado la azul Primavera!

